



La problemática medio-ambiental: notas para una cultura ecosocialista

Juan Ramón Capella

Introducción

En el coloquio sobre “La estrategia democrática en una sociedad cambiante” organizado por el *Centro di Riforma dello Stato* me ha sido asignado el tema “El problema del medio ambiente”. Se trata de una problemática muy amplia y que puede abordarse desde distintos puntos de vista.

El alud de publicaciones sobre los distintos problemas ecológicos globales -por no hablar de los específicos y locales- es imposible de seguir no sólo para una persona sino para equipos de investigación enteros. Por otra parte, la extensión del área de actividad “verde”, tanto políticamente en Europa -particularmente en Alemania- como sobre todo socialmente en Norteamérica, o ambas cosas a la vez en el plano mundial, a través de la multitud de organizaciones no gubernamentales que se manifestó en la Conferencia de Río sobre el Medio Ambiente, haría excesivamente prolija una relación de las principales propuestas de este movimiento y de sus diversas orientaciones. No voy, pues, a centrar mi aportación en lo uno ni en lo otro, aunque ambas cosas -la pormenorizada problemática ecológica y el movimiento social engendrado a partir de ella- habrán de ser tenidas en cuenta como telón de fondo necesario.

Ponencia para el Congreso Internacional “La strategia democratica nella società che cambia”. Extraemos este texto del libro de Juan Ramón Capella titulado *Grandes esperanzas*, publicado por la editorial Trotta. Madrid, 1996.

Intentaré, en cambio, argumentar dos asuntos.

En primer lugar, que la gravedad de la problemática medioambiental, con las transformaciones que exige de nuestra civilización, es un problema en sí mismo, de gran entidad para la vida social; un problema que además puede llegar a constituir una seria amenaza para lo que hoy parece un aún muy insuficiente proceso de democratización en las sociedades del “Norte” industrializado.

“El universo industrial sobre el que nuestra civilización se funda ha entrado en colisión con las bases ecológicas naturales

En segundo lugar, poniendo la hipótesis de que la materialización de un *proyecto político y metapolítico de naturaleza ecosocialista*, de participación democrática masiva, es un instrumento exigido para afrontar emancipatoriamente esta crisis de civilización y sus consecuencias, trataré de esbozar algunas consideraciones sobre los *cambios de acento* fundamentales de una cultura emancipatoria que esté atenta a esta problemática.

I. La problemática medioambiental

1.1 Caracterización

Nuestra civilización se ha basado en el *crecimiento* económico cuantitativo ilimitado sobre un Planeta que es, en sí mismo, un mundo limitado. El crecimiento económico viene exigido por la lógica del sistema capitalista de producción. El universo industrial sobre el que nuestra civilización se funda -esto es, la civilización del “norte” industrializado de la Tierra, con tendencia a mundializarse- ha entrado en colisión con las bases ecológicas naturales que han hecho posible la vida de nuestra especie, y de otras especies complejas, sobre el planeta. Los problemas ecológicos generales son de dos órdenes interrelacionados: de recursos y sobre todo de residuos, de un lado; demográfico, de otro.

El problema de recursos viene dado por el agotamiento previsible en pocas generaciones de ciertas materias primas -las energías fósiles en particular-, que han hecho posible el industrialismo, y la incertidumbre acerca de si es posible su sustitución sin vulnerar la racionalidad tecnológica o sin generar problemas ecológicos adicionales. El problema de residuos consiste, ahorrando detalles, en una degeneración generalizada del ambiente que puede hacerse irreversible: de los acuíferos, especialmente, y de la atmósfera (lluvias ácidas deforestadoras, agujeros en la capa de ozono protectora), así como en la introducción de radioactividad en un medio carente naturalmente de ella. El problema demográfico, constituido por una duplicación de la población mundial cada treinta o cincuenta años (según las fuentes), agrava extraordinaria-

mente las cosas, ya que, según parece, el Planeta puede alcanzar sus límites físicos de producción alimentaria durante la primera mitad del siglo XXI.

[De la ominosidad de esta problemática hablan las numerosas especies animales, experimentos irrepetibles de la Naturaleza, extinguidas durante la fase industrial de la civilización; de su laberinticidad social, de las complicaciones que va a suscitar socialmente su tratamiento, da un ejemplo la estimación de la OMS según la cual el cereal del que se alimenta el ganado del que se alimenta la población europea occidental podría alimentar a toda la población humana de Africa.]

El lado ecológico de la crisis civilizatoria es de una parte “dialéctico”, en el sentido de la interactuación de unos fenómenos sobre otros (presión por recursos y energía de una población creciente como nunca en la historia de la especie; impulso a la construcción correspondiente; crecimiento de los residuos; avance de la desertización, polución y agotamiento de los acuíferos, de la atmósfera y de la vital protección ozónica; urbanización; disminución de tierras cultivables). La crisis es por otra parte de efecto acumulativo acelerado, exponencial -como prefiere decir Wallerstein-. Y se debe señalar también que sus manifestaciones en el plano local son aún de efecto muy variable, con grandes diferencias y problemáticas distintas en el “norte” y “sur” -geosocialmente entendidos- del mundo, en la polarización “centros”/“periferia”.

Que la problemática de la Naturaleza no se cierra en sí misma al margen de la historia, es decir, que la índole de la crisis es ecosocial y no meramente ecológica, no parece precisar aquí mayor argumentación: su génesis se halla en el modo de vida que conocemos, en la *producción por la producción* característica del capitalismo postmercantil, con su indefinida expansión de las lábiles necesidades humanas, expansión impulsada a su vez ahora mediante la industria publicitaria por el sistema económico. La raíz de la problemática “verde” es ese industrialismo del crecimiento capitalista, básico para nuestra civilización, que se muestra eficaz tanto en términos de producción cuanto en términos de destrucción. Una destrucción que ha sido vista durante décadas, a través de los cristales deformantes de la ideología del progreso, como inocua transformación.

La agudeza de esta problemática, su carácter *esencial y prioritario* para nuestra especie, puede quedar obnubilada además por facto-

"El cereal del que se alimenta el ganado del que se alimenta la población europea occidental podría alimentar a toda la población humana de Africa"

res varios: así, por la propaganda tranquilizadora de estados y empresas (por ejemplo, los automóviles supuestamente “construidos con material reciclable”, las medidas de descontaminación); por las alteraciones políticas del final de la guerra fría; y obnubilada sobre todo por ser también muy aguda e inmediata la problemática del paro estructural generado por la tercera revolución industrial realizada en el interior de un sistema social de capitalismo “duro” (aparición de tecnologías que ahorran tiempo de trabajo en términos absolutos sin que el trabajo humano deje de valorarse como una mercancía más, ahora en proceso de depreciación).

1.2. Cuestiones destacables

1.2.1. Alguno de los factores que tienden a llevar a un segundo plano en la consciencia de las culturas socialmente críticas la problemática ecológico-civilizatoria, como el mencionado en último lugar, resulta enormemente problemático. Los trabajadores tienden aún a ver la solución de los problemas de paro estructural en términos del pasado, esto es, a considerar deseable una fuerte reindustrialización para trabajar más, producir más y vivir mejor, o, en otras palabras, a cerrar los ojos a los efectos indeseables de una cultura algunos de cuyos logros, ciertamente, no pueden ser abandonados (así, la esperanza de vida, que por ejemplo para una francesa pasa de 44 años en 1880 a 80 un siglo después; o que el tiempo de trabajo necesario para producir un kilo de pan sea hoy la décima parte que hace cien años).

Dicho de otro modo: aunque la problemática ecológica se plantee sin fundamentalismos antiindustrialistas, debe tomarse nota de un escollo importante: la contradictoriedad *a primera vista* entre los intereses del empleo dentro de la lógica del sistema existente y las exigencias de la problemática medioambiental, al menos en los países del “norte” industrializado.

1.2.2. La problemática ecológica no es *uniforme* en el planeta. Las cuestiones de interés vital para la especie se dilucidan en escenarios muy diferenciados socialmente, y también polarizados. Así, los principales atentados a la atmósfera proceden de la actividad de sociedades altamente industrializadas y consumistas, mientras que el alud demográfico se origina en sociedades tecnológicamente débiles que han perdido la estabilidad tradicional. La introducción de tecnologías exógenas en sociedades tradicionales y el cambio repentino en las relaciones productivas y sociales suele suscitar inmediatamente catástrofes locales. Algunas sociedades

"No parece que el lema "Pensar globalmente y actuar localmente" resulte aún suficiente o razonable, pues la actuación global y la reflexión local son también imprescindibles"

diferenciadas estatalmente poseen *bienes fondo de la humanidad* que tratan de explotar para hacer frente a agudos problemas locales de pobreza.

La complejidad de la problemática ecológica pone de manifiesto que su tratamiento exige la intervención en distintos planos: general y local, cuando menos. General: mediante la elaboración de principios y normas internacionales, y también mediante aportaciones de toda la humanidad para la resolución de focos críticos inmanejables con las solas energías de una sociedad “estatal-nacional”. Y también específica y localmente. No parece que el lema adoptado por muchas organizaciones del movimiento ecologista “Pensar globalmente y actuar localmente” resulte aún suficiente o razonable, pues la actuación global y la reflexión sobre problemas específicos y locales son también imprescindibles.

1.2.3. El aspecto multifacial de la problemática ecológica hace necesario, en cambio, *el diálogo intercultural*. Para la cultura hegemónica “del norte”, que ha generado tanto la tecnología industrial como las relaciones sociales problemáticas, resultan invisibles o carentes de relieve aspectos del mundo social y modos de existencia valiosos para otras culturas. Por demás, este diálogo intercultural es necesario para la implicación de las poblaciones en la resolución democrática -en el más amplio sentido de autogobierno comunitario- de la temática en cuestión. Tras la conceptualización como “atrasadas” de culturas distintas de la del “centro” -y el consiguiente tratamiento como “infantil” de elementos de agregación social muy importantes en las culturas “periféricas”, por ejemplo, las creencias religiosas- se hallan mitos ideológicos de las sociedades del “centro”, como la identificación del avance tecnológico con el progreso social o la suposición de que no hay otra vía de desarrollo posible que la seguida por las sociedades del “centro”. La crisis ecológica mundial no se puede afrontar sosteniendo esta última creencia.

“Los modos de vida de los “centros” no son universalizables”

La prospección de la evolución de la problemática ecológica en los próximos cincuenta años hace inevitable la doble conclusión siguiente: *los modos de vida de los “centros” no son universalizables; los propios “centros” no pueden mantener sin fuertes correcciones los modos de vida que conocemos.*

1.2.4. La anterior afirmación significa, en sentido fuerte, que la civilización actual es, en suma, *insostenible*. Si se mantienen las pautas actuales de producción y consumo “centros” y “periferia”

"Las generaciones futuras de nuestra especie han de estar representadas en la democracia presente"

pasarán a ser estercoleros materiales y junglas sociales. Por supuesto, se puede producir y vivir en tal ambiente, como se puede trabajar y amar en un campo de concentración. La insostenibilidad de la civilización presente se refiere a la conservación de lo que concesivamente podríamos llamar sus cualidades. Por otra parte, la afirmación de la insostenibilidad de esta civilización en modo alguno puede interpretarse como afirmación de una "lógica del derrumbe" de la estructura de las relaciones sociales. Al contrario: una crisis con gran desequilibrio de fuerzas político-sociales daría ocasión a un reforzamiento ulterior de las estructuras del capitalismo, del autoritarismo y de los instrumentos de opresión.

1.2.5. La crisis ecosocial pone de manifiesto la existencia de un gran *sujeito ausente en la teoría de la democracia*: las generaciones futuras, cuyas condiciones de existencia pueden quedar fuertemente condicionadas por decisiones irreversibles de las generaciones actuales.

Dicho de otro modo: si son condiciones de la decisión democrática sobre los asuntos comunes 1) que tales decisiones sean adoptadas por quienes van a quedar afectados por ellas y 2) que las decisiones mismas sean reversibles, entonces deja de ser democrática cualquier decisión que suponga un deterioro irreversible del medio ambiente.

Las generaciones futuras de nuestra especie han de estar "representadas" en la democracia del presente mediante un catálogo de limitaciones fundamentales (deberes) de las generaciones actuales; un catálogo que incluya además el derecho fundamental de resistir a los atentados ecológicos y la objeción de conciencia ecológica.

II. La reorientación de la cultura emancipatoria

Me propongo enumerar a continuación algunas de las temáticas que la crisis ecosocial exige reconsiderar a las culturas críticas y emancipatorias.

Estas temáticas aparecerán aquí simplemente esbozadas, apuntadas esquemáticamente y sin la más remota pretensión de establecer un catálogo completo. Su característica común es que adquieren relieve a partir del momento en que una cultura crítica no se define meramente como socialista, sino que a la problemática de la tradición del socialismo le añade la preocupación medioambiental. Esto es: cuando trata de juntar lo viejo y lo nuevo en un proyecto de naturaleza ecosocialista.

2.1. Se exige *una nueva estimación del papel de los procesos*

sociales objetivos, en sentido distinto del que ha sido dominante en la cultura marxista.

Esta tradición de pensamiento ha visto en la “liberación de las fuerzas productivas” una condición de la emancipación social, y ha creído además que esta última consistía en la conjunción de una subjetividad transformadora con una transformación objetiva que el progreso tecnológico pondría en su camino. Pues bien: más de un siglo de progreso tecnológico no ha desarrollado el proceso de emancipación social sino que lo ha vuelto más problemático y ha suscitado involuciones. Se hace necesario, pues, tomar en cuenta el lado destructivo de toda producción, o, en otras palabras, que el progreso tecnológico puede ser destructivo. La cultura emancipatoria ha de adoptar un punto de vista crítico y no optimista respecto de la objetividad. Ha de ser menos fáustica (respecto de la tecnología) y menos dionisiaca (respecto de la orgía de “necesidades”).

"La problemática medioambiental parece exigir también una feminización de la cultura crítica"

2.2. Se exige una reconsideración histórica y crítica del proceso de la lucha de clases, que excluya igualmente su automatismo "objetivo", ya que en los países "centrales" del sistema mundial no es descabellada la hipótesis de un proletariado parasitario de la periferia, esto es, aliado con el capital transnacional para el mantenimiento de condiciones de vida privilegiadas respecto de las que afectan al proletariado periférico.

Es obvio sin embargo que la desigualdad de condiciones objetivas entre los trabajadores de los “centros” y de la “periferia”, que padecen los últimos, es también amenazante para los primeros, y que la mejora de las condiciones de existencia de los trabajadores de la periferia, tanto laborales como ecológicas, favorece indirectamente a los trabajadores de los “centros”. Se da, pues, una relación laberíntica que sin embargo permite trabajar para impedir que la hipótesis del proletariado parasitario cristalice duraderamente, siempre que un nuevo internacionalismo, transcultural, exista en la conciencia de los trabajadores.

Por otra parte el trabajo de *conservación del medio ambiente* y la transformación tecnológica correspondiente pueden ser generadores de empleo si llegan a ser vistos generalizadamente como una *necesidad*. Ciertamente que ello exige el paso a políticas económicas reguladoras (frente a la *desregulación* presente), y, por tanto, una decidida intervención política internacional que los particularistas poderes hegemónicos del presente tratan de reducir y de aplazar.

2.3. Se exige una *reconsideración del papel de la subjetividad en la crítica y la emancipación social*.

Las personas que trabajan como asalariados se veían en el pasado como potenciales agentes de cambios sociales en función de una subjetividad puramente negativa, en el límite por “no tener nada que perder”. Hoy parece necesario considerar de otro modo la subjetividad de las personas que trabajan como asalariados o que realizan un trabajo análogo al de los asalariados.

Los trabajadores y trabajadoras constituyen la categoría social más directamente imprescindible para la supervivencia material de la especie. Realizan las tareas de producción y reproducción social más directas y menos mediadas, menos abstractas. Los componentes de esta categoría social, vistos en su positividad, son los conservadores de la vida.

Constituyen el grupo que mejor percibe y experimenta vitalmente la inacabada democratización de la vida social: tanto en el trabajo (asignado y retirado autoritariamente), como en otras relaciones sociales (con menor acceso a la instrucción completa, con acceso vedado a relaciones interclasistas que impliquen afectos), como en las relaciones con el poder estatal (policía, jueces, administración y poderes políticos).

"Lo que nos está exigido es cambiar nuestra manera de vivir"

2.4. La problemática medio-ambiental parece exigir también una *feminización de la cultura crítica más allá del mero antisexismo*: en el sentido de que los valores de mesura, cooperación, sentido grupal, continuidad intergeneracional y sensibilidad para los problemas de la vida, entre otros, que han subsistido especialmente en las subculturas femeninas, deben ser generalizados y compartidos. Se trata de los valores que se oponen a la desmesura, al individualismo, a la competitividad y a la agresividad característicos de las subculturas masculinas.

2.5. *Una cultura crítica debe asumir como materia especialmente problemática la cuestión de la violencia*. No puede sostener sin más, como hizo su tradición en el pasado, la tesis de la legitimidad de la “violencia revolucionaria”. Ni puede deslegitimar la violencia empleada para evitar la degradación y la muerte (ejemplo reciente: la rebelión de Chiapas). Pero debe ser consciente de que la cultura de la violencia forma parte ella misma de la cultura de la explotación, la opresión y la degradación. Precisa explorar vías alternativas a la acción violenta, en particular la desobediencia civil y el pacifismo revolucionario (en la línea de Thoreau,

Gandhi, A.K. Muste, Martin Luther King, E.P. Thompson, etc.).

2.6. *Economicismo y subjetividad en la cultura emancipatoria*

En el pasado el análisis social de la tradición emancipatoria ha estado centrado en la economía, a la que se veía como el principal factor objetivo de las relaciones sociales.

El análisis económico ha llegado así a convertirse en dogmático y esencialmente productivista. Ha ignorado la problemática ecológica y ha marginado de su campo de visión la destrucción de los bienes que el sistema de empresas no incluía en la contabilidad dineraria. La actitud de los economistas respecto de los recursos económicos finitos y no renovables (bienes-fondo) es aún, en general, ciega y acientífica, más propia de una casta sacerdotal que de analistas. Pues lo único que el análisis económico ha sido capaz de hacer respecto de tales recursos ha consistido a lo sumo en *valorarlos* (esto es, en expresar numéricamente una relación teórica de intercambiabilidad con bienes cualesquiera), cuando el comportamiento racional, respecto de bienes insustituibles, no puede consistir en valorarlos, sino sólo en conservarlos y mejorarlos.

La ceguera del análisis económico es tan grande que apenas hay indicios de una *contabilidad ecológica*, base de conocimiento indispensable para una correcta orientación empresarial, sindical y política respecto de los problemas del medio ambiente. La redefinición ecológica de la economía exige reorientaciones estructurales según principios claros: moderar, reducir, eliminar. El afrontamiento en profundidad de la problemática medioambiental no puede limitarse sin embargo a mero ecokeynesianismo, pues exige transformaciones sociales, ya que lo que nos está exigido es cambiar nuestra manera de vivir.

Para la cultura crítica adquieren un relieve nuevo las temáticas centradas de una parte en la *subjetividad* y el imaginario de las poblaciones -ya que son éstos los ámbitos donde se despliegan los proyectos morales y políticos-, y de otra en las *instituciones* que agregan la actividad social.

Muerto todo *deus ex machina* de la historia -en forma de “Dios vengador” o de “factores objetivos”-, y obligada finalmente a vivir fuera de la escatología, la cultura emancipatoria sólo puede apoyarse en vínculos sociales voluntarios.

2.7. *El “sector público voluntario”*

Si hay un fenómeno de creación popular destacable es el auge de

“Si hay un fenómeno de creación popular destacable es el auge de los grupos de actividad que realizan trabajo de interés comunitario”

los grupos de actividad que realizan trabajo de interés comunitario al margen de la privacidad y también relativamente al margen de los estados: se trata de lo que se han llamado “organizaciones no gubernamentales”, o “tercer sector” (por contraposición a los sectores público y privado de actividad), “voluntariado social” o también “sector público voluntario”.

Grupos ecologistas, feministas, pacifistas, juveniles y de iniciativas ciudadanas, aun siendo minoritarios socialmente, se contraponen al pasivo ciudadano-espectador mayoritario en las sociedades de la tercera revolución industrial. Realizan tareas de satisfacción de necesidades sociales que ni el estado ni el mercado son capaces de afrontar. Representan una nueva cultura, en general aún prepolítica, de intervención en los asuntos públicos.

Las personas que trabajan en el “sector público voluntario” son un aspecto nuevo de la *organicidad* emancipatoria (en el sentido gramsciano de “orgánico”), una importante variación respecto de la militancia política y sindical.

La consolidación y extensión de este sector obliga a plantear en términos nuevos la *institucionalización política* de la izquierda social. Exige además una distinta cultura política y una nueva manera de hacer política.